

## **Preparad los caminos del Señor**

### **Homilía para el II Domingo de Adviento (Ciclo B)**

¿Cómo podemos preparar la venida del Señor a nuestras vidas? Mediante la escucha de la predicación y la penitencia. El que predica la Palabra del Señor, como Isaías y Juan el Bautista, hace rectos los senderos posibilitando que esa Palabra llegue al corazón de los oyentes para penetrarlos con la fuerza de la gracia e ilustrarlos con la luz de la verdad.

La predicación es un anuncio de consuelo y de alegría: "Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; hablad al corazón de Jerusalén" (*Is 40,1*). El contenido de este anuncio es la alegría causada por la presencia de Dios: "aquí está vuestro Dios. Mirad: Dios, el Señor, llega con fuerza, su brazo domina" (*Is 40,9-10*).

Juan el Bautista que, como dice San Jerónimo, es el amigo del Esposo que conduce la Esposa a Cristo, es la voz que grita en el desierto llamando a preparar el camino al Señor, predicando la conversión, anunciando la llegada del "que puede más que yo" (*Mc 1,7*).

La predicación de la Palabra de Dios es la proclamación del "Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios" (*Mc 1,1*). El Evangelio es la "Buena Noticia" que tiene como objeto central la persona misma de Jesús, Mesías e Hijo de Dios. Jesús es la palabra definitiva que Dios dice a la humanidad: "El Hijo mismo es la Palabra, el *Logos* [...] Ahora, la Palabra no solo se puede oír, no solo tiene una voz, sino que tiene un *rostro* que podemos ver: Jesús de Nazaret" (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 12).

Para ver ese rostro, para recibir a Jesús, es necesaria la penitencia: "que los valles se levanten, que los montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale" (*Is 40,4*). Los valles pueden ser interpretados como imágenes de nuestros vacíos en nuestra relación con Dios: se trata de los pecados de omisión; de lo que, debiendo hacer, no hacemos. Por ejemplo, no dando prioridad a la vida espiritual, reduciendo la oración a mínimos o siendo poco generosos en la vivencia de la caridad.

Si los valles deben levantarse, los montes y las colinas han de abajarse. Los montes de nuestro orgullo, de nuestra soberbia y de nuestra prepotencia. San Juan Bautista personifica la actitud humilde de quien sabe que, ante el Señor, no merece agacharse para desatarle las sandalias.

San Pedro, en su segunda Carta, tranquiliza a una comunidad cristiana que se mostraba inquieta por el aparente retraso de la segunda venida del Señor. Los tiempos de Dios, les dice, no son como los nuestros: "un día es como mil años y mil años, como un día" (*2 Pe 3,8*). El Señor no tarda, sino que tiene paciencia con nosotros para que podamos convertirnos.

Mientras esperamos al Señor, dejando que su Palabra entre en nuestros corazones y arrepintiéndonos de nuestros pecados, debemos llevar una vida "santa y piadosa", a fin de que Dios nos encuentre en paz con Él.

Guillermo Juan Morado.